

**Sobre la crisis de la Historia**  
**de Gérard Noiriel,**  
**Madrid, Ediciones Cátedra, 313 páginas, 1997.**

**Mario Ranalletti**

**H**istoriador, especialista en inmigración, Director de la revista *Genèses* y autor de un libro central sobre la historia del derecho de asilo en Francia, Gérard Noiriel es un representante de los cambios que experimenta una de las más importantes escuelas historiográficas de este siglo. En este trabajo, que se presenta como “una contribución a la reflexión colectiva sobre la situación de la historia hoy”, puede apreciarse uno de los más interesantes aportes de la historiografía francesa al debate en torno a diversas cuestiones referidas al trabajo del historiador. No sólo interesan de *Sobre la crisis de la historia* los aspectos eminentemente franceses de los argumentos y polémicas, sino las conclusiones que pueden obtenerse para pensar la situación local. Como la mayoría de las humanidades y las ciencias sociales, la historia viene siendo cuestionada en tanto saber y en tanto práctica intelectual, en especial a partir de la irrupción del estructuralismo en el panorama intelectual occidental. Noiriel hace un exhaustivo repaso de los términos en que se ha planteado la discusión sobre la disciplina, hace una historia de los mismos y asume posiciones ciertamente a contra corriente de las más recientes

Cuadernos del CISH 4 • 2º semestre de 1998



formulaciones teóricas sobre la historia.

Con una gran erudición sobre las fuentes de la historiografía del siglo pasado y una igual dosis de sarcasmo sobre los beneficios redituados por la "profesionalización", Noiriel aprovecha para analizar el panorama actual universitario de la historia en Francia, haciendo hincapié en la influencia y vigencia de ciertas reglas no escritas -como las condiciones que debe reunir el futuro historiador- sobre la promoción de las nuevas camadas de profesores. En cuanto a la carrera universitaria, la matrícula en el ingreso ha experimentado un crecimiento constante desde los ochenta, hecho que ha demandado de parte de los profesionales una mayor dedicación a las tareas propias de la enseñanza, en detrimento de aquellas específicas de la investigación. Las estadísticas más recientes, publicadas en la revista *Sciences Humaines* (Nro. 18, setiembre-octubre 1997), indican que durante el período 1996-1997 estaban inscriptos en las distintas etapas de la carrera de Historia alrededor de 70.000 estudiantes. Una tendencia interesante muestra que cerca del 30 % de los alumnos han elegido para sus tesis de doctorado temas de investigación relacionados con el período posterior a 1914.

Como apunta el autor, la crisis de la disciplina no parece verificarse en el terreno de la edición de libros, aunque ofrece sus reservas y observaciones sobre la calidad de la producción; tomando cifras del año 1992, se publicaron cerca de 3.000 nuevos títulos sobre historia (1/8 de la edición total francesa), con tiradas promedio de 4.500 ejemplares (para una novela se calculan 14.000 en Francia). Estos números pueden resultar asombrosos para los ojos argentinos, pero debe tenerse en cuenta que algunos historiadores franceses han producido verdaderos *best sellers*: *Montaillou, village occitan*, de Le Roy Ladurie, y *Les Temps des cathédrales*, de Georges Duby llevan vendidos 130.000 y 75.000 ejemplares respectivamente. Según la *Bibliographie Annuelle Internationale de l'Histoire de la France*, se editaron más de

15.000 publicaciones (entre libros, artículos y comunicaciones) sobre temas históricos a comienzos de la década que finaliza, mientras que esta misma cuenta da como resultado 8.000 en la década de 1960, 10.000 hacia 1970 y 12.000 en 1980. Con relación a las revistas académicas, pueden contabilizarse cerca de 40, especializadas por regiones geográficas y por temas. La historia en Francia es ya una disciplina mediática, acorde la revolución tecnológica y en las comunicaciones ha puesto al alcance de los investigadores medios que permiten revisar nuestra idea del pasado, basada como lo está exclusivamente en el trabajo con la palabra escrita. La tirada de la prensa francesa de divulgación sobre la historia supera la de cualquier otro país europeo: *Historama* (entre 70 y 80.000 ejemplares por número), *Historia* (80.000), *Notre Histoire* (30.000), *L'Histoire* (60.000) son las más importantes y con más tiempo de presencia en el mercado. Por otra parte, regularmente pueden verse y escucharse programas sobre temas históricos, como la emisión radial *Les Lundis de l'Histoire* o programas televisivos tales como *Histoire parallèle* (ideado y conducido por Marc Ferro), *Les Mercredis de l'Histoire*, *Les Dossiers de l'Histoire* y *Les Sens de l'Histoire*.

Asimismo, existen en Francia canales temáticos especializados en la televisión por cable, como *Histoire* y *Chaîne Histoire*. Este panorama no puede sorprender en un país donde muchos de los ministerios del Gobierno sostienen un comité o centro de historia; o donde las grandes empresas públicas (y varias privadas) han organizado asociaciones destinadas a la conservación y explotación de los archivos empresariales, dando impulso a una nueva área de investigación.

Sin embargo, no es a través de los parámetros precedentes como la abundante bibliografía sobre la crisis de la disciplina histórica denuncia su actual estado "crítico". Tampoco Noiriel encuentra allí el nudo gordiano. El punto central para el autor tiene dos ejes relacionados: por un lado, el lugar que ocupan los profesionales universitarios ligados

a la disciplina histórica en relación a los debates políticos y sociales que agitan hoy a la sociedad francesa; en segundo término, la noción de verdad en historia. Noiriel ubica la crisis a la que se hace referencia en el título del libro en el contexto universitario, principalmente en relación a la capacidad de producir conocimientos por parte de la institución académica. Según el autor, hoy la producción historiográfica francesa no sólo ha perdido espacio en su propio territorio, sino que una pretérita gran influencia internacional ha entrado en decadencia por la competencia con otras historiografías nacionales. En especial, con la difusión de la comunicación vía Internet, las traducciones al inglés se convierten en demandas de la hora, como respuesta a la "globalización" de la escena historiográfica que ha provocado la WWW. Esto ha llevado también, porque no decirlo, a cierta pérdida de identidad por parte de las historiografías nacionales, que están en gran medida compelidas a registrar los avances y coincidir en los intereses de la producción norteamericana. Esta situación también ha sido abonada por el desencanto que ha producido en el terreno del debate teórico el abandono de los últimos paradigmas rectores de la investigación: el marxismo y el estructuralismo, dando paso a un individualismo exacerbado. Luego del *affaire* Sokal, la crítica a la primera línea del pensamiento francés parece estar a la orden del día.

Es en este punto donde Noiriel avanza lúcidamente sobre un aspecto central de la actualidad del trabajo del historiador: el status de las nociones de verdad y objetividad, que moldearon la disciplina histórica desde el siglo XIX. Estas nociones no han resistido el embate de los diversos relativismos que las cuestionan, tales como la *Black History*, el giro lingüístico o los estudios del feminismo radical. La negación de la objetividad en historia llevó a una preferencia muy marcada por el estudio de las representaciones; para Noiriel, sólo el análisis de estas últimas parecen ser dignas de interés para los historiadores.

Descartando cualquier rechazo a una evolución de la disciplina

y previsible acusaciones de conservadurismo, Noiriél advierte sobre un peligro inherente al maximalismo relativista: si todo no es más que relato y representación en historia, ¿cómo contestar a quienes, amparándose en la remanida falta de objetividad, niegan la existencia de las cámaras de gas, por ejemplo? Noiriél responde que el revisionismo como actitud del historiador es válida -incluso él mismo se considera un revisionista-; algo muy distinto es el producto de la actividad de los revisionistas en Francia, donde reciben el nombre de negacionistas. Así, Noiriél propone una nueva noción de objetividad, que sirva tanto como respuesta al embate de los relativismo y como superación de los errores del cientificismo de los cincuenta y los sesenta, aquella la búsqueda de leyes inmutables en historia. Esta noción debe descartar, explica, tanto al positivismo como a la hermenéutica, porque estas doctrinas se ocupan ante todo del objeto de las ciencias, para apoyarse en doctrinas filosóficas como el pragmatismo que consideran al conocimiento científico “en tanto conjunto de prácticas sociales”, realizadas y sancionadas en una comunidad específica, cuyos miembros se convierten en sujetos legitimadores de lo producido. Para Noiriél, está en discusión, detrás de la querella “historia vs. ficción”, una manera (según ciertas reglas) de producir socialmente conocimientos frente a la capacidad individual de recrear el mundo y darle un sentido a través de una obra. La querella en torno a la noción de verdad aún no ha sido saldada en la filosofía, por lo cual -opina el autor- no puede impedirse por ningún medio que el historiador diga su verdad.

Para Gérard Noiriél, estos cuestionamientos y estas situaciones descritas -reales y reconocidas- no pueden ocultar otro aspecto, por demás importante: los reclamos ante la crisis encubren también una lucha generacional, entre quienes buscan un lugar -o mejorar su posición- en el sistema universitario y quienes actualmente ocupan los puestos de privilegio. Afinando el enfoque, Noiriél encuentra que los más proclives a hablar de “crisis” y ha plantear su futuro en función de cambios y renovaciones son los de la generación intermedia, que han accedido a

la profesión recientemente; por otra parte, quienes aún deben defender sus trabajos ante los consagrados, son más prudentes y muestran cierta tendencia a negar la existencia de la crisis alguna, endosando los problemas a la época y al devenir de las ciencias sociales. Noiriel estima que este estado de cosas puede verse en la tendencia de los universitarios a centrar sus críticas sobre la crisis del trabajo del historiador, mientras que aquellos adscriptos a las grandes instituciones (como el CNRS) hacen hincapié en la pérdida de certezas en torno al conocimiento histórico. La reducción en los puestos de trabajo y en los presupuestos universitarios que se verifica con mayor intensidad en el área de las humanidades y las ciencias sociales -en este caso, Argentina sí se parece a Francia- afecta emocional y profesionalmente a los historiadores, debido a una sobrecarga administrativa y de trabajo que los aleja de otrora mejores condiciones de trabajo.

### Notas

1. Robert A. Rosenstone ha formulado muy lúcidas apreciaciones sobre la condición actual del historiador en lo que él denomina un mundo posliterario; ver: Rosenstone, Robert A., *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Barcelona, Ariel, Cap. 1, 1997.

2 Lamentablemente, la traducción española no ha conservado un detalle de puntuación que aporta algún dato más en cuanto al sentido en que Noiriel usa el término crisis: el título original de la obra es *Sur la "crise" de l'histoire*, en referencia al carácter contradictorio que presenta dicha crisis.

3 El físico francés Alan Sokal envió a la revista norteamericana *Social Text* un artículo ("Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity", Nro. 46-47, primavera 1996) en donde afirmaba que la física cuántica -y por

extensión, la ciencia toda- era una construcción ideológica. Posteriormente, Sokal anunció que todo lo dicho en ese trabajo era una falacia, lo que demostraba la falta de seriedad de la revista, centro gravitacional del posmodernismo norteamericano, y su desconocimiento absoluto de los problemas allí tratados. Posteriormente, Sokal y Jean Bricmont publicaron *Impostures intellectuelles* (Odile Jacob, Paris, 1997), un libro en donde acusan a varios pensadores franceses (Lacan, Derrida, Lyotard, Irigaray, Kristeva) de no tener ni idea -y explican por qué- de las metáforas extraídas de las ciencias duras que utilizan en varias de sus obras.